



UNISCI Discussion Papers

JUAN PABLO II, ACTOR INTERNACIONAL: LA CUESTIÓN DE LAS CIVILIZACIONES

AUTOR:¹**SANTIAGO PETSCHEN VERDAGUER**
Universidad Complutense de Madrid**FECHA:****Mayo 2005**

Antes de comenzar a tratar de las cuestiones de la presencia y acción de Juan Pablo II en la escena internacional en lo referente a la cuestión de las civilizaciones, es conveniente decir algo de las características que tuvo como pontífice. El papa es el principal instrumento que la Iglesia tiene, dada su estructura jerárquica, para llevar a cabo una política internacional, cabeza dirigente que actúa como líder, pastor de masas, con capacidad para establecer contactos con gobiernos, abrir embajadas con la reciprocidad correspondiente, concluir tratados y estar presente en Organizaciones y Conferencias Internacionales. A ello hay que añadir la resonancia que le ofrecen los medios de comunicación en los que la Iglesia Católica muestra al mundo la imagen de una considerable presencia. Entre los papas del último siglo, Juan Pablo II fue uno de los líderes más conocidos a escala mundial por la opinión pública. En el caso de la opinión pública española —según nos mostró hace algún tiempo un estudio del INCIPE— ha ocupado el primer lugar no sólo como personaje conocido sino también como dirigente valorado.

Entre las características de Juan Pablo II como actor internacional queremos destacar estas cuatro: 1) la de haber sido un actor religioso; 2) la de haber gravitado sobre él un enorme peso histórico; 3) la de haber sido un actor situado en el marco preciso de un aparato institucional y, por último, 4) la de haberse dirigido al mundo de hoy, al que quiso impactar con los rasgos de su creencia, de su doctrina, y de su concepción moral y humana de la existencia.

Juan Pablo II fue en la sociedad internacional, en primer lugar, un actor profundamente religioso. En todo momento transmitió que, para él, lo más profundo y valioso del ser humano era su sustrato religioso. Desde su más íntima persuasión lo quiso difundir vehementemente hasta el último rincón del planeta habitado por cualquier tipo de seres humanos. Al hablar de Juan Pablo II hay que destacar pues, en primer lugar, de una forma muy clara, la dimensión prevalente de su fe como creyente, cristiano y católico. Una dimensión llegada a su expresión máxima: la de ser representante de Cristo en la Tierra. Nada de ello ocultó ni disimuló el papa Wojtyła, antes al contrario, lo exaltó y difundió. Sus encíclicas, su predicación pastoral, sus viajes. Todo ello fue para dar a conocer al mundo y para transmitir más profundamente la inquebrantable solidez de su dimensión religiosa. Alain Brissaud, comparando en su libro

¹ Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores. Estos artículos no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. The views expressed in these articles are those of the authors. These articles do not necessarily reflect the views of UNISCI.



Islam e Chrétienté. Treize siècles de cohabitation la religión cristiana con el Islam, la presenta como una religión misionera frente a la característica de religión política del Islam.² Nadie puede dudar de que la actividad del papa fue la actividad de un misionero.

Toda una historia, además, de más de dos mil años de recorrido al que hay que añadir varios milenios más, en el preámbulo judío del Antiguo Testamento, ha gravitado en la acción de Juan Pablo II. Tanto el mensaje como los ritos por él utilizados, han venido del pasado y desde tal procedencia se han manifestado. Sin una gran historia detrás no habría sido posible que cualquier dirigente de la escena internacional se hubiera presentado al mundo como lo hizo Wojtyła.

En tercer lugar, no puede tampoco dejar de ser destacada la dimensión institucional de la acción de Juan Pablo II. Las características del reconocimiento internacional de su persona, del marco de su autoridad —la Santa Sede—, de la gran base humana de su jefatura espiritual, la Iglesia Universal. Es el aspecto institucional en donde destaca la Santa Sede reconocida por los Estados y por las Organizaciones Internacionales. Reconocida y eficaz, en el mantenimiento de numerosas embajadas (llegan ya a 174 en el día de hoy), y en la conclusión de múltiples tratados internacionales (hay actualmente en vigor unos setenta con cuarenta Estados). El entierro de Juan Pablo II fue una manifestación bien palmaria de dicho aspecto institucional, característica singular entre las religiones que la Iglesia considera un instrumento eficacísimo de su acción.

Queda por último decir que Juan Pablo II se movió en un campo de acción notablemente actual. Desde su fe misionera se dirigió al hombre de hoy, tratando sus problemas: la ciencia, la demografía, la maltratada naturaleza, la educación, la guerra, la paz. Todas las cuestiones que afectan al ser humano fueron abordadas por Wojtyła con suma atención. Es cierto que, su doctrina y su punto de vista no coincidió con el de grandes sectores que viven los problemas mencionados. Pero el hecho de que no hubiera coincidencia no quiere decir que no existiera un gran interés o que la relación con tales temas no estuviera marcada por una gran cercanía. Un símbolo paradigmático de dicha actualidad aparece en la manera como Juan Pablo II utilizó los medios de difusión.

1. El diálogo interreligioso y la relación entre civilizaciones

En un momento en la historia de la Humanidad en que las relaciones entre civilizaciones se presentan como uno de los grandes problemas, no sólo en el momento presente sino aventuradamente, según algunos, de cara al futuro, la obra de Juan Pablo II puede considerarse de gran envergadura. El acercamiento del papa Wojtyła a los musulmanes y a los judíos ha supuesto romper con siglos de alejamiento y hostilidad. El cambio en la teología católica en la consideración de los judíos realizado en el Concilio Vaticano II se concretó en Juan Pablo II en una dimensión práctica. Como acto externo pero muy simbólico de la nueva actitud es el reconocimiento por parte del papa en la visita que realizó a la sinagoga de Maguncia de que Dios selló una alianza con los judíos que nunca ha sido revocada. La Iglesia Católica ha afirmado reconocer la integridad esencial del judaísmo en el proyecto divino de la Humanidad. Algo de semejante calibre se dejó ver en otro acto simbólico impulsado por Juan Pablo II: la petición a los católicos de que celebraran un día de ayuno el 14 de diciembre de 2001 uniéndose a los musulmanes que concluían en dicha fecha la celebración del Ramadán. Juan

² Brissaud, Alain (1991): *Islam e Chrétienté. Treize siècles de cohabitation*. París, Robert Laffon, p. 11.



Pablo II invitó en ocasiones a los dirigentes de diversas confesiones religiosas a reunirse en Asís para orar.

El alcance de dichas actitudes ha tenido unas consecuencias internacionales de grandes dimensiones. En 1983 la Santa Sede concluyó un Tratado internacional con Marruecos. La firma de dicho Tratado es francamente original pues se hizo por medio de dos cartas cruzadas entre Juan Pablo II y el rey Hassan II.³ Unas cartas que fueron previamente acordadas por las diplomacias de las Altas Partes contratantes. Otro país, también miembro de la Organización de la Conferencia Islámica, con el que concluyó la Santa Sede otro Acuerdo fue Kazajstán, el primero realizado con un país ex soviético. En la firma del Acuerdo, que tuvo lugar en el Vaticano, estuvo presente junto al papa el máximo dirigente kazajo, Nursultán Nazarbaiev.⁴

Unos treinta Estados musulmanes recibieron la visita del papa en una actividad de grandes periplos como el realizado por África en 1992, con el objetivo de potenciar el diálogo con el Islam. Un diálogo que ha roto seculares barreras, como demostró la visita del presidente de Irán, Mohamed Jatami, en 1999 al Vaticano.

Las manifestaciones externas de dicho diálogo nos llevan a buscar cuáles son las posiciones de mayor profundidad que pueden realizar un acercamiento entre las civilizaciones a partir de sus más profundos fundamentos que les dieron origen. Vale la pena dedicar unas líneas al contenido doctrinal de la relación impulsada por Juan Pablo II. Un lugar en donde apareció muy claramente fue en el viaje a Marruecos en el que destacó su discurso a varios millares de jóvenes reunidos en el estadio de Casablanca. Fue aquel un discurso ciertamente inspirado que sobrepasó por completo el estadio en el que fue pronunciado. Fueron muchos los musulmanes de diversos países que lo acogieron con satisfacción como una “carta” renovada del diálogo islamo-cristiano. Juan Pablo II afirmó que cristianos y musulmanes tienen un mismo modelo de fe en Dios del que se derivan amplias consecuencias a favor de la edificación de un mundo pluralista y solidario. Símbolo de dicha relación común fue la forma como acabó el papa el discurso formulando una oración para la que se sirvió de las grandes líneas del padrenuestro, despojándolo de sus elementos específicamente cristianos e introduciendo unas formulaciones que se corresponden muy bien con la sensibilidad religiosa musulmana.⁵

Un camino, pues, muy profundo, ampliamente adecuado para tejer solidaridad entre civilizaciones en cuya profundidad no hay quien lo pueda hacer mejor que los hombres de religión. El mundo debe tener esto muy en cuenta. Se trata de una actitud totalmente opuesta a la de los fundamentalistas. La búsqueda de lo que une, de lo que acerca, de lo que es común o puede ser común es lo que encarecidamente pretendió Juan Pablo II al tender un puente con los musulmanes. Se trata de civilizaciones de base religiosa. Es pues en la religión donde se encuentra la posibilidad más profunda de evitar el gran distanciamiento y la gran hostilidad que el fundamentalismo lleva consigo.

Con respecto a los judíos, la actitud del papa Wojtyla fue la misma. En 1993 quedaron establecidas las relaciones diplomáticas entre Israel y la Santa Sede, y el 30 de diciembre del mismo año tuvo lugar la firma del Acuerdo entre ambas entidades soberanas. En dicho

³ Corral Salvador, Carlos y Petschen Verdaguer, Santiago (1996): *Concordatos vigentes*, Tomo III. Madrid, Fundación Universitaria Española, p. 520.

⁴ Corral Salvador, Carlos y Petschen Verdaguer, Santiago (2004): *Tratados Internacionales (1996-2003) de la Santa Sede con los Estados. Concordatos vigentes*, Tomo IV. Madrid, Universidad Pontificia Comillas, p. 823.

⁵ “Le Discours de S.S. Jean-Paul II lors de sa rencontre avec les jeunes musulmans à Casablanca (Maroc) le 19 août 1985”, *Seminarium*, n° 26 (1986), pp. 3-12.



Acuerdo destaca el gran objetivo de conseguir la reconciliación entre el judaísmo y el cristianismo y sobre dicha base colaborar a la pacificación del Próximo Oriente. El judaísmo no es una civilización. Pero no lo es no por haber carecido de una base religiosa original y genuina para serlo sino porque la dispersión que sufrió con sus miembros le impidió formarla. A partir de la Ilustración, la parte más potente del judaísmo se vinculó a la civilización occidental ocupando en ella, en su favor, posiciones de vanguardia. Una vanguardia que le llevó a conseguir la creación del Estado de Israel con la constante oposición de la Iglesia Católica. Que se haya llegado al alto grado de reconciliación que tenemos hoy se debe, en gran parte, a la acción de Juan Pablo II.

En la perspectiva positiva con la que estamos tratando la relación de Juan Pablo II con las grandes religiones debemos constatar la de un patente fracaso: la de la relación con las iglesias ortodoxas. Esto es mucho más de lamentar pues se trata de iglesias cristianas aunque agrupadas en el marco de una civilización diferente: la llamada civilización eslavo-ortodoxa.

Los pasos dados por Juan Pablo II para conseguir un acercamiento a los ortodoxos se produjeron en las visitas que realizó a Rumanía, a Bulgaria y a Grecia. La visita a Grecia, en mayo de 2001, fue particularmente significativa dado que allí pidió el papa perdón a la Iglesia Ortodoxa por los abusos que los católicos han cometido para con ella a lo largo de la historia. Algo que jamás se había producido. Este hecho tiene un alcance similar al de aquellos que antes describimos en relación con el judaísmo y el Islam. No ha dado, sin embargo, los mismos frutos. La razón está en las tensiones que se originan en el mundo ortodoxo por las exigencias de la Iglesia católica de rito griego (uniatas) con respecto a la restitución de edificios, jurisdicciones administrativas, acción del clero salido de los seminarios con abundantes vocaciones, apoyo económico de Occidente. En esta ocasión, lo contingente de menor valor es lo que impide el acercamiento profundo de mayor valor tal como Juan Pablo II reconoce en su carta apostólica *Euntes in mundum* de 22 de marzo de 1988. Allí dice el papa que el mantenimiento actual de la división es debido más que a cuestiones teológicas a un “conjunto de malentendidos”. La Iglesia Católica se ha avenido a no hacer proselitismo explícito en aquella parte de la geografía que los ortodoxos consideran sus territorios históricos. El conflicto de la titularidad de algunos templos persiste y fue el patriarca Bartolomé I de Constantinopla quien en 1992 consideró más adecuado interrumpir el acercamiento ecuménico hasta solucionar previamente estas cuestiones concretas. Un proyecto para reunir en la ciudad de Graz (Austria), a Juan Pablo II, Bartolomé I y Alexis II terminó también en un fracaso. Serie sucesiva de grandes dificultades de relación pero que no han sido obstáculo por parte del papa polaco a intentar llegar a una superación de los mismos.

Otra dimensión de gran interés en esta cuestión que abordamos de las civilizaciones es el de las relaciones de la Iglesia Católica con China. Sabido es que los Estados que tienen relaciones diplomáticas con Taiwán deben darlas por terminadas si quieren iniciar otras con China. Dicha exigencia no es aceptada por la Santa Sede que no puede abandonar a los católicos taiwaneses. La Santa Sede desea que China haga con ella una excepción en razón de la dimensión espiritual de su misión. En la búsqueda de una fórmula adecuada trabaja actualmente la diplomacia vaticana. La consecución de un resultado exitoso fomentaría los contactos de carácter religioso y en general humano, entre la civilización occidental y la confuciana.



2. Nuevas recíprocas actitudes

Las grandes entidades religiosas conectan mucho más con el sustrato más profundo de las grandes civilizaciones que los dirigentes de cualquier movimiento político o cualquier otra tendencia cultural. Estos últimos aparecen como muy contingentes y cambiantes frente a los primeros que se mueven en un amplio marco de historia plurisecular. Se trata de dos tipos de entidades de naturalezas tan diferentes como las que en el mundo de la zoología podría darse entre un pequeño roedor y un gigantesco cetáceo. Los dirigentes de las formaciones más pasajeras deberían mirar con gran respeto a los de las enormes construcciones socio-religiosas que sumergen sus raíces en la profundidad de la civilización. Un paso evolutivo favorable en la mentalidad de éstos, aunque tenga un impacto al principio poco perceptible y siempre lento puede hacer mayor bien al conjunto de los seres humanos y tiene mayor alcance para el conjunto de la Humanidad. Se trata de líderes que merecen ser más atendidos, como en un jardín los árboles centenarios son más atendidos que las flores estacionales. Juan Pablo II parece haber sido muy consciente de la dimensión que su personalidad, situada en la cabeza de la Iglesia más influyente del mundo, tenía. Desde ella buscó la buena relación con las grandes religiones y al mismo tiempo también con los Estados y con los gobiernos, sabedor también del papel que desempeñan en la sociedad internacional.

En los enormes esfuerzos que se hacen en la época actual para solucionar conflictos se ha visto con cierta frecuencia que allí donde han fracasado los políticos, los diplomáticos y los militares, han tenido acierto los hombres de religión. Ello es debido a que dicho tipo de dirigentes tienen una capacidad para conectar con un tipo de creencias y de actitudes más profundas de las que los demás carecen. Así se explica la aparición de numerosos centros de acción, de estudio y de foros como los de San Egidio o el de la Fundación Agnelli para promover el acercamiento de las religiones en un marco internacional. Así se forman operarios que se hacen promotores del diálogo interreligioso. En Washington se creó no hace mucho el *Center for Religion and Diplomacy* con el objetivo de potenciar la diplomacia con un conocimiento más profundo de la de la dimensión religiosa en orden a realizar una acción más efectiva en la sociedad de conflictos. Y otros muchos.

En el fenómeno producido al final del siglo XX, en el que como escribió Eugenio Triás “la religión vuelve a estar de actualidad después de dos siglos en los cuales parecíamos asistir a su declive irresistible; [...] parece hallarse hoy en primer plano de los asuntos mundiales”⁶ o, como dijo Edward Mortimer “la religión parece estarse introduciendo cada vez más en los asuntos internacionales”,⁷ Juan Pablo II tuvo un papel muy destacado.

Desde sus a veces rígidas concepciones de la teología y de la moral, el papa Wojtyla demostró al mundo que, aunque no se esté de acuerdo hoy con un papa, no se le puede arrinconar sino que hay que contar con él. Es una lección aprendida por algunos políticos y algunos medios de comunicación que no comulgan con su pensamiento, pero que han comenzado a llevar a la práctica con sentido común dicha persuasión. Desean dar a entender que el papa cuenta y que por ello no hay que marginarle, evitando así su radicalización y haciéndole un rico e influyente impulsor de relaciones positivas en una sociedad mundial de civilizaciones ampliamente pluralista.

⁶ Triás, Eugenio (1997): *Pensar la religión*. Barcelona, Destino, p. 15.

⁷ Mortimer, Edward: “Christianity and Islam”, *International Affairs*, vol. 67, nº 1 (1981), p. 7.